

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55, 6-9): *Que el malvado abandone su camino.*

Salmo (144, 2-3.8-9.17-18) *«Cerca está el Señor de los que lo invocan»*

2ª lectura (Filipenses 1, 20c-24.27a): *Para mí la vida es Cristo.*

Evangelio (Mateo 20, 1-16): *Id también vosotros a trabajar en mi viña.*

En este evangelio, concluía el Sermón del Monte con una afirmación que resumía todo el contenido del sermón: **«Buscad primero el Reino y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura»**, pero ¿cuál es la justicia del Reino? Creo que esta es la clave de la palabra de Dios que proclamamos este domingo con la parábola de los obreros enviados a la viña. Como en todas las parábolas, el mensaje nos descoloca, retuerce nuestra forma de ver las cosas, porque ¿qué propietario está buscando constantemente obreros hasta el último momento? ¿Quién va a contratar hasta el último momento a aquellos que nadie ha contratado?

Normalmente, cuando un propietario sale a contratar trabajadores, contrata a los más fuertes, a los más hábiles, a los más válidos, por eso, aquellos, a quienes nadie ha contratado, son los menos válidos para el trabajo, los débiles, los marginados, los descartados. Pues en el Reino de Dios, también estos son enviados a la viña. Esto, que nos desconcierta a los hombres, sin embargo, es un retrato del corazón del Padre. Los obreros de la primera hora estarían en la misma situación que el hijo mayor de la parábola del hijo pródigo o del fariseo en la del fariseo y el publicano.

Es el querer ponerse a la altura de Dios en el conocimiento del bien y del mal, el tema de los méritos del hombre, sin darnos cuenta de que nuestros pobres méritos son obra de la Gracia de Dios. Es el poner una pretendida justicia de los hombres frente a la justicia de Dios. En el corazón de Dios caben todos, no podemos arrogarnos el ser los primeros porque el que se crea el primero ante Dios, ese será el último. Israel, el pueblo de la primera Alianza, se creía con derechos al ser el pueblo elegido, sin darse cuenta de que la llamada de Dios está dirigida a todos los hombres, también a los obreros de la última hora.

Curiosamente la parábola del salario justo provoca con frecuencia el rechazo de todos aquellos quienes, con ánimo generoso, se suman a la reacción de quienes habían sido llamados a primera hora a trabajar en la viña. La parábola es muy clara al afirmar que no se hace ninguna injusticia por dar con generosidad, a quien no se lo merece, aquello mismo que pagamos justamente (según lo pactado) a los que se lo ganaron por sus servicios durante todo el día.

Está claro que el evangelio no es un manual de leyes laborales. La parábola quiere enseñarnos que colaborar en el Reino de Dios, seguir a Jesús como discípulo, no tiene como premio ocupar los primeros puestos, sino simplemente la gran compensación de estar cerca del Señor. Es así como el cristiano vive toda su existencia, como una tarea rentable, ya que el premio es la ganancia de morir con el Señor. Lo que no podemos rechazar es la invitación que se nos hace, no importa a qué hora, de acudir a trabajar en la viña del Señor. Es bastante frecuente rechazar esta invitación, porque apreciamos más rentable otras tareas que nada tienen que ver con la colaboración en el designio divino. Esta es la cuestión que debe plantearse todo cristiano que quiera ser fiel a su vocación de discípulo de Jesús.

No podemos dudar de esta cercanía del Señor Resucitado a través de su Espíritu Santo, que habita en nuestro interior. En lo más profundo de nuestro ser, no en los argumentos y conocimientos que nos procura la ciencia o nuestros méritos, el Espíritu de Dios se hace invitación viva y libre para que sigamos sus inspiraciones y nos dediquemos a la tarea cada día. Esta cercanía de Dios en nuestro propio ser es la que nos permite consagrar todo nuestro quehacer si le buscamos con todo el corazón. San Pablo nos enseña a hacerlo todo en el nombre del Señor; más aún a reconocer que en la vida y en la muerte somos todo del Señor. Esta limpieza de corazón es la que nos permite ver a Dios cerca en todas las peripecias de nuestra vida.

Si abrimos nuestro interior y enriquecemos nuestra conciencia con esa experiencia de un Dios que habita en nosotros, nos resultará más fácil colaborar con la voluntad divina y hasta nos preocupará menos el premio que nos dará al final de nuestra vida por haber trabajado en su viña. Quizás lleguemos a percibir que nuestro salario es estar cerca del Señor, y al igual que el Apóstol ya no sabremos si es mejor continuar trabajando aquí en su viña o presentarnos a recibir el premio de la vida eterna.

La parábola nos invita a ser discípulos del Señor por el gozo y la dicha de serlo, por descubrir en su invitación a trabajar en su viña la mirada benevolente y generosa de un Dios que nos invita a colaborar en su obra creadora. Cualquier tarea que se desarrolle desde esta actitud de agradecimiento por sentirse colaborador del Señor ya está siendo generosamente retribuida por el Dios que nos hizo capaces de aceptar libremente su propuesta.

Es, por tanto, una nueva parábola sobre el corazón del Padre: igual que el padre del hijo pródigo hace gran fiesta por la alegría de haber recuperado al hijo, el amo de la viña, es generoso también con aquellos que han estado parados casi todo el día. También, igual que el hijo mayor se siente ofendido, los viñadores de la primera hora murmuran sobre la supuesta injusticia del amo de la viña, sin embargo, son trabajadores que han sido contratados, que se les da un salario para poder vivir dignamente y no entienden que el amo tenga la misma deferencia por todos, sobre todo con los más débiles.

Por eso, los que nos llamamos ciudadanos del Reino tenemos que ser acogedores con todos los hombres, sobre todo con aquellos que son los de la última hora, los descartados de la sociedad.